GUERREROS MEDIEVALES

La era de El Cid

El Cid Campeador



ediciones delPrado

OSPREY PUBLISHING

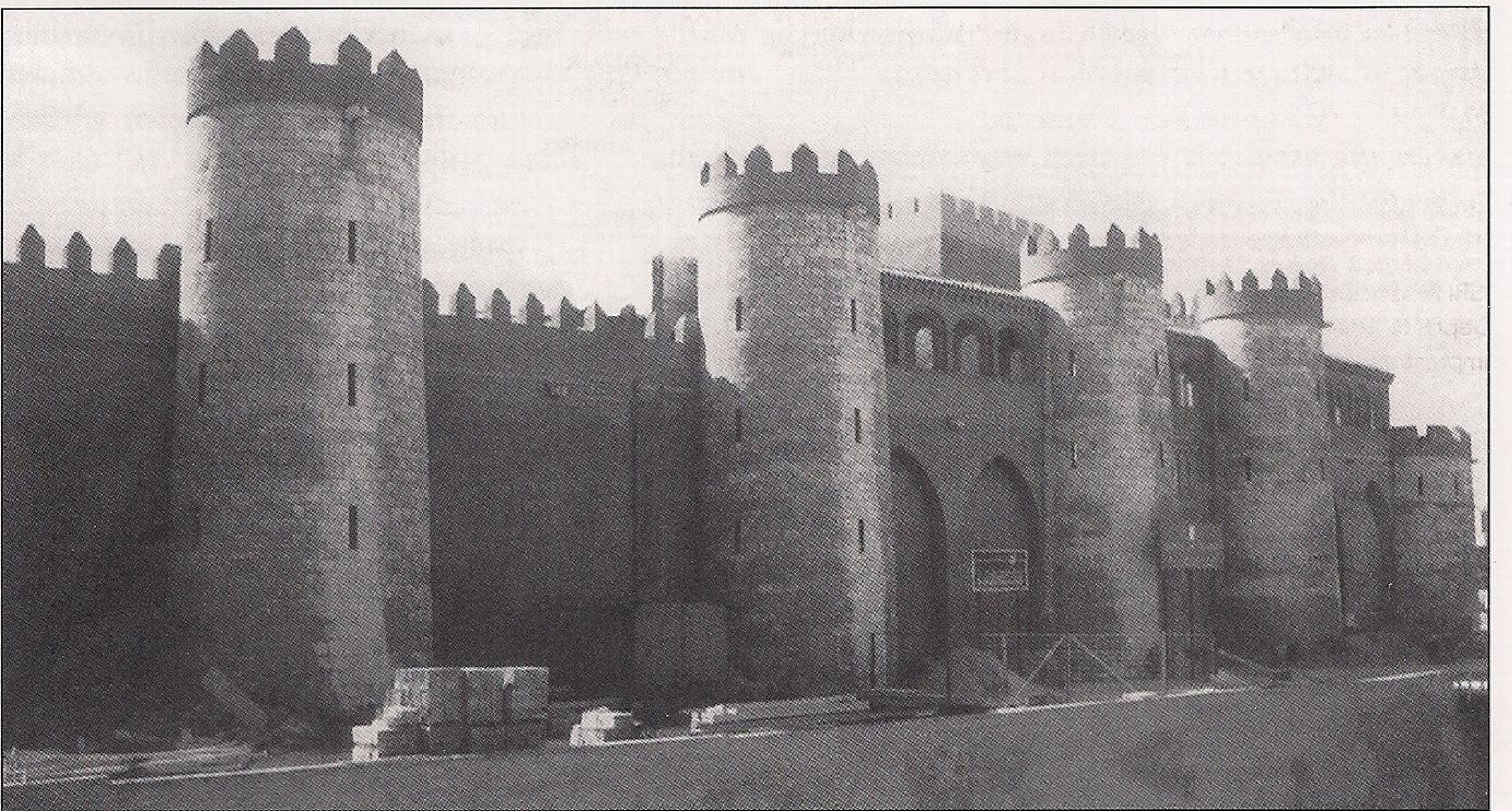
LA ERA DE EL CID
PRÍNCIPE DE VALENCIA

El nombre mismo de El Cid resume gran parte del carácter especial de la guerra medieval española. "El Cid" deriva de la transcripción del árabe *al sayyid*, que significa amo o señor, y al parecer fueron los enemigos musulmanes de Rodrigo Díaz de Vivar el Campeador quienes se lo dieron. Pero puede que El Cid fuera llamado así en reconocimiento por sus victorias contra el Islam durante la Reconquista (la reconquista cristiana de la Península Ibérica), o porque este noble castellano no sólo luchó contra los musulmanes, sino también junto a ellos.

Rodrigo Díaz de Vivar (1043-99) pertenecía a la pequeña nobleza de Castilla, y conquistó su temprana fama de hábil combatiente como uno de los campeones que tradicionalmente se batían en duelo contra soldados de ejércitos ibéricos adversarios. Aunque era esencialmente un mercenario y un aventurero que durante un tiempo luchó tanto por los dirigentes cristianos como por los musulmanes, se convirtió en un héroe nacional. No era uno de los grandes magnates, y sus éxitos molestaron a veces a otros nobles más poderosos.

La vida de El Cid está rodeada de leyendas heroicas y dignas de alabanza, pero en términos prácticos su mayor logro fue conseguir con sus victorias en nombre del rey Sancho II, que Castilla, y no León, dirigiera la Reconquista. La opinión popular considera a El Cid como un campeón cristiano que tuvo que exiliarse de Castilla en 1082 debido a las maquinaciones de sus rivales. Más tarde sirvió al señor musulmán de Lérida (1083-88) antes de trasladarse a Aragón.

Al parecer estaba obsesionado con la idea de una España unificada y la derrota de los moros, y se convirtió en un auténtico dirigente nacional español cuando luchó por el reino de Aragón. Derrotó al conde



Puerta de la Aljafería en Zaragoza, 1046-81. Las torres de esta fortaleza son de piedra y sus murallas de ladrillo, una construcción típica andalusí cuya tradición se remonta a principios del periodo islámico en Siria. (Fotografía del autor)





Caja de marfil tallado hecha para Abd al-Malik al-Muzaffer en 1005. Las figuras naturalistas tienen la cabeza descubierta, y su ropa tiene mucho en común con la de los europeos occidentales. (Tesoro de la catedral, Pamplona.)

de Barcelona y burló a Alfonso de Castilla antes de tomar la Valencia musulmana en 1094, consolidando su reino derrotando a los almorávides en Cuarte en 1094, y en Bailén en 1096, tomando Almenara en 1097 y la fortaleza de Murviedro en 1098. Por esto, se le atribuye el mérito de poner fin a la invasión almorávide que amenazaba con hundir a España.

El breve gobierno de El Cid en Valencia se ha descrito como un ejemplo de armonía cultural bajo dirección cristiana. En realidad, la conquista y su efímero gobierno de Valencia (1094-99) tuvieron una importancia militar secundaria, y no sobrevivieron mucho tiempo tras su muerte en 1099. Valencia fue entregada a los moros por su viuda Jimena en 1102, pero su dirección se convirtió en una inspiración para otros.

Los que estudian la civilización de Al-Andalus (la España y el Portugal musulmanes) ven a El Cid desde otra perspectiva. Algunos destacan su aceptación de la cultura árabe-andalusí y le describen casi como un héroe andalusí, más que español. Puede que El Cid fuera simplemente un aventurero, uno de los muchos que se veían en la turbulenta frontera cristiano-musulmana, comparable al portugués Giraldo Sempavor – que tomó la ciudad musulmana de Badajoz en los años 1160 y la perdió luego a manos de los almohades, lo mismo que las huestes de El Cid perdieron Valencia a manos de los almorávides –.

La historia de la Reconquista es el clásico caso de la historia escrita por el bando vencedor. Durante cientos de años el periodo musulmán fue tratado como un interludio extranjero, en el que los andalusíes musulmanes eran simplemente unos conquistadores justamente reconquistados. En realidad los andalusíes del sur de Iberia tenían un origen mixto. Los musulmanes eran descendientes de conversos locales, de inmigrantes árabes y bereberes y de algunos eslavos del este o el norte de Europa. Los que seguían siendo cristianos eran llamados mozárabes; y también había una importante población judía. Toda la comunidad estaba culturalmente arabizada, aunque por lo general todos hablaban un tipo de español antiguo.

El califato omeya de Córdoba se derrumbó a principios del siglo XI, y el ejército bereber y eslavo luchaba ahora sobre sus restos. En 1031 los bereberes y su califa títere fueron derrotados, y Al-Andalus se fragmentó en numerosos estados diminutos conocidos como "taifas" (grupos o facciones).

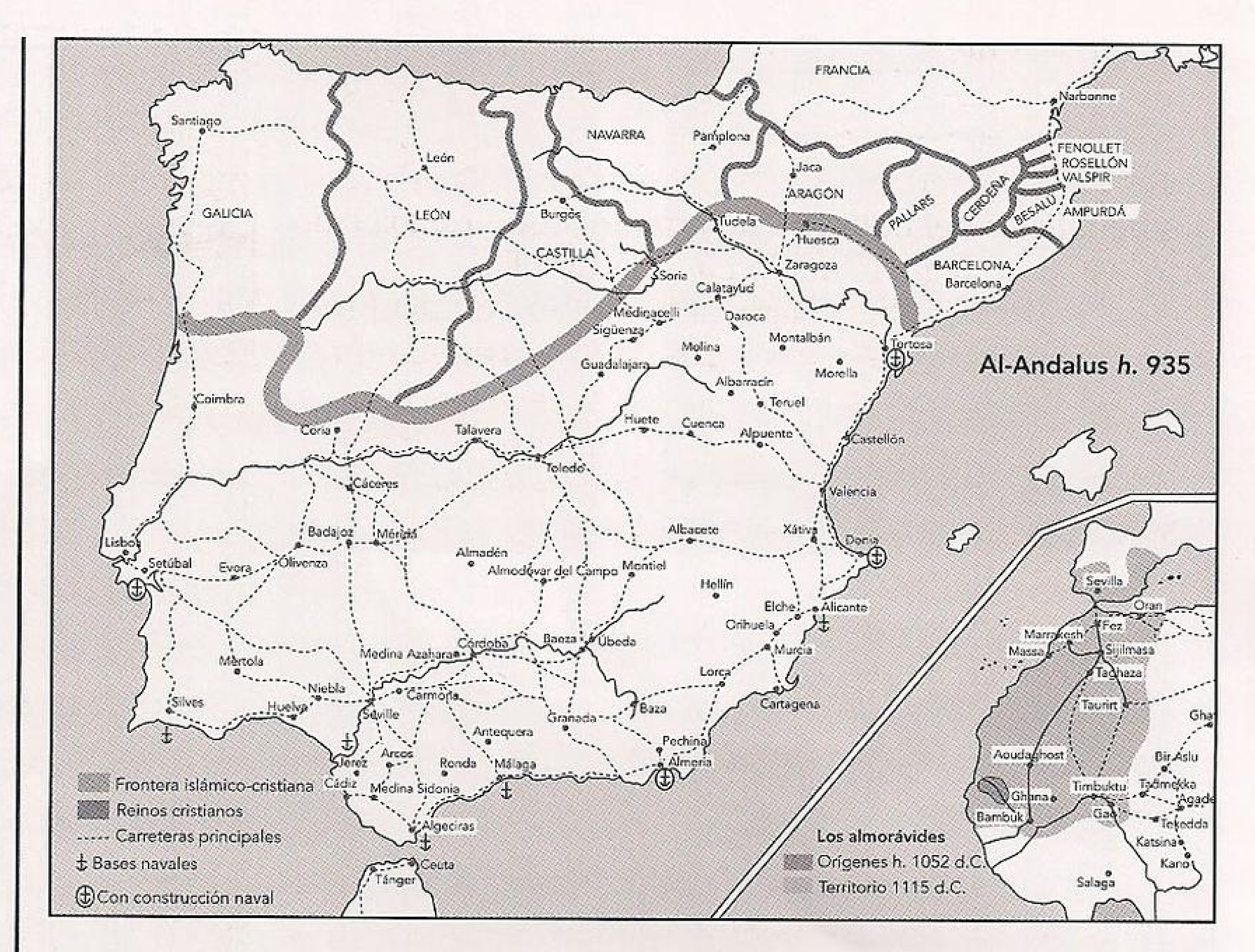
El norte cristiano

En el siglo XI, las fronteras entre la cristiandad y el Islam no estaban rigurosamente definidas. Las zonas intermedias, que sufrían numerosas incursiones, pertenecían al más poderoso. En la Iberia cristiana las milicias urbanas defendían su propio territorio y proporcionaban tropas para cada uno de los varios estados cristianos que había en lo que más tarde se convirtió en España y Portugal. En los primeros años predominó la infantería, pero la caballería empezó a destacar después de que los es-



El Cid se encontró en una batalla de tres bandos luchando contra los reinos taifas y los almorávides invasores del norte de África.

La conquista islámica de Iberia tuvo lugar entre el 711 y el 721 d.C. Trescientos años más tarde, Al-Andalus entró en la época de las taifas, "pequeños reinos", y también en la de la Reconquista cristiana. Más o menos al mismo tiempo, los almorávides del norte de África iniciaron una era de expansión, que culminó con su conquista de Al-Andalus entre 1086 y 1090.



tados, cada vez mayores, se extendieran hasta los ríos Duero y Ebro en los siglos IX y X. Navarra estaba ahora fuera de la ofensiva contra el sur conocida como la Reconquista, y sus ejércitos siguieron estando compuestos principalmente de infantería.

Las importantes nuevas fuerzas de caballería fueron reclutadas de entre la aristocracia y en las ciudades. Sin embargo, resultó difícil imponer una tradicional organización militar aristocrática europea en zonas que se habían urbanizado bajo un gobierno musulmán, como el valle del Ebro. Entre tanto, en las llanuras centrales poco pobladas, los nobles caballeros hidalgos servían como caballería de élite a cambio de una paga, y los caballeros villanos o caballerías (caballería más ligera), reclutados en las ciudades y los pueblos, servían, como los peones de infantería, a cambio de exenciones de impuestos y otros privilegios.

En el siglo XI la situación entre los estados fragmentados del norte cristiano estaba cambiando, pues cada uno se enfrentaba con distintos problemas.

Asturias y Galicia conservaban una fuerte tradición militar visigoda, reflejando al mismo tiempo la influencia musulmana del sur de la Península. El rey tenía un séquito de *milites* de élite, probablemente montados, mientras que la infantería, seguramente reclutada entre los campesinos libres o comunes, desempeñaba el papel principal. Pero se desarrolló un ejército diferente cuando los cristianos avanzaron hacia el sur, pues tanto los habitantes de las ciudades como los nobles desempeñaron entonces una importante función militar.

León se había puesto a la cabeza contra Al-Andalus, pero su reivindicación del imperio fue volviéndose más vana a medida que el siglo XI llegaba a su fin. No obstante, León siguió siendo una fuerza poderosa y su aristocracia militar se volvió cada vez más feudal.

Los sistemas militares de la vecina Castilla estaban arraigados en los de León, y ambos estaban superficialmente influenciados por Francia. Ya en el siglo IX, aparecieron las milicias urbanas en León, y la infantería y la caballería urbana eran una característica importante de la Castilla del siglo XI. Estas fuerzas incluían peones de infantería y caballeros montados. Los caballeros eran llamados más a menudo que los peones, mientras que las ciudades fronterizas del sur se enfrentaban con cargas militares mayores que las del norte.

A finales del siglo XI un rey o un barón podían dar armas a cualquier hombre libre a cambio de su servicio militar, aunque el equipamiento también podía ser arrebatado directamente al enemigo o comprado con los beneficios del botín. El reparto del botín estaba cuidadosamente reglamentado en toda Castilla.

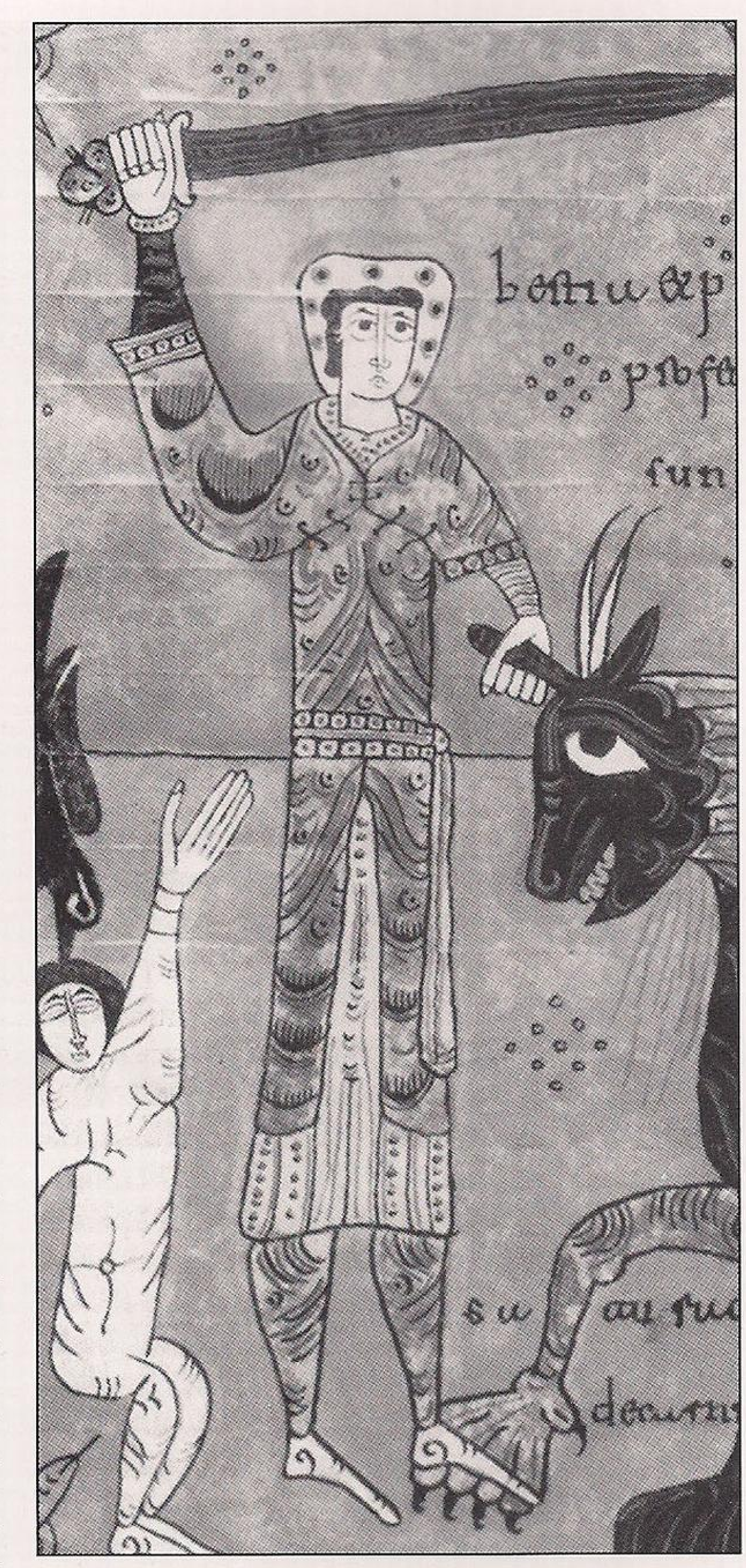
En León, Castilla y Navarra la nobleza estaba libre de intromisiones reales, y sus arrendatarios militares tenían feudos francos. En el siglo XI los poderosos magnates de Castilla o hombres ricos sirvieron como gobernadores regionales y en el séquito del gobernante. Algunos también tenían su propia mesnada (séquito militar).

A mediados del siglo XI el ejército castellano estaba compuesto fundamentalmente de nobles caballeros hidalgos que luchaban como vasallos a cambio de un feudo o una paga. Muchos, como el propio rey, tenían sus propios ejércitos profesionales privados o mesnadas. Éstos a su vez estaban dirigidos por miembros de los infanzones o pequeña nobleza, como El Cid. Los no nobles pero prósperos caballeros villanos, que luchaban a cambio de exenciones de impuestos, tenían una importancia cada vez mayor. Podían, no obstante, perder ese estatus si no asistían apropiadamente equipados y montados a una inspección militar que se realizaba dos veces al año. Los peones de infantería urbana también luchaban a cambio de privilegios.

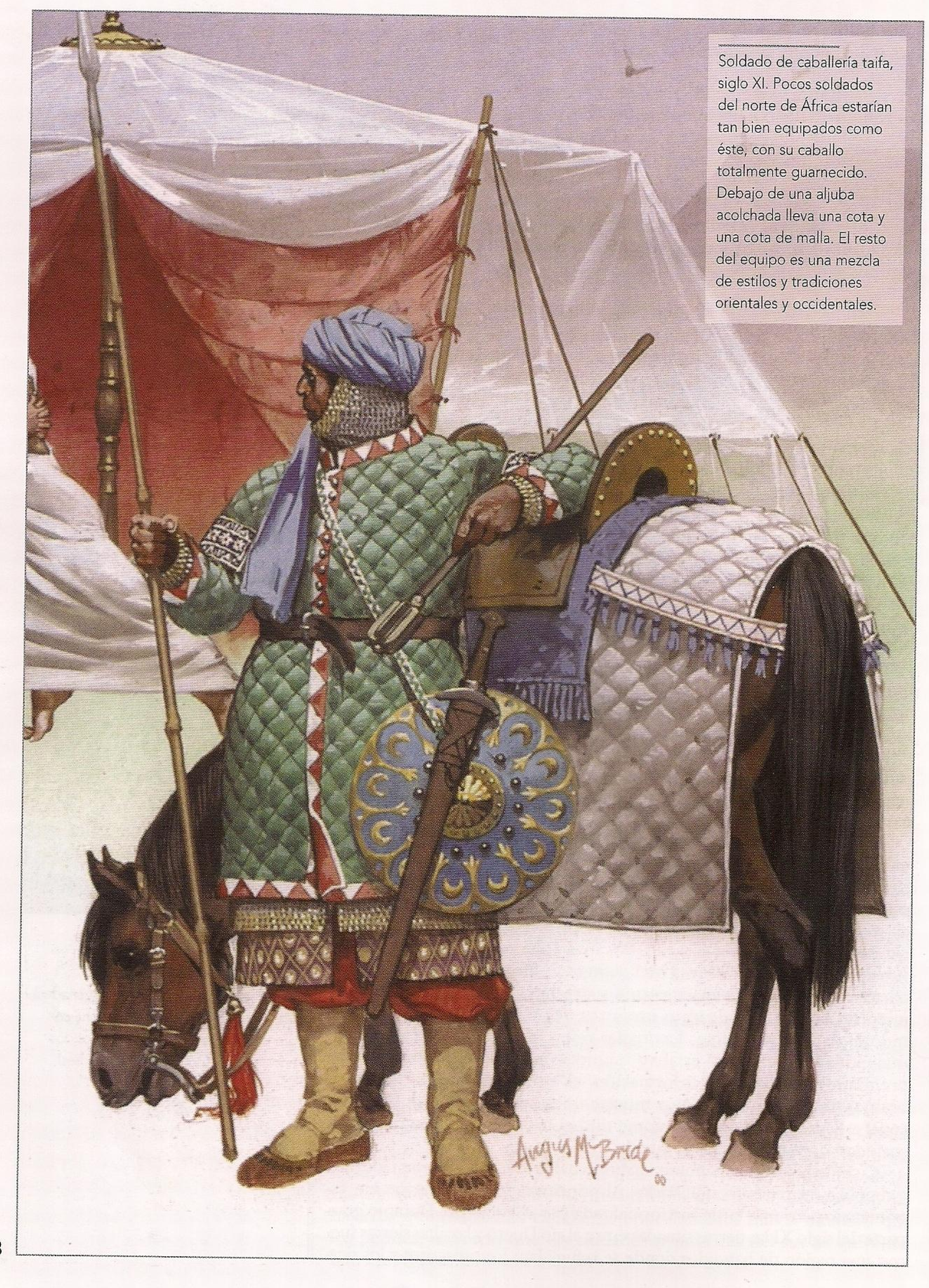
Los distintos tipos de guerra se reflejaban en los llamamientos al servicio. El fonsado o la hueste eran expediciones formales a caballo, mientras que las acciones defensivas contra incursiones enemigas eran llamadas apellido. *Anubda* y *arrobda* implicaban sitio, batalla campal, defensa de la frontera o trabajo de guarnición. Si no se respondía a estos llamamientos había que pagar una multa o fonsadero, que con el tiempo se convertiría en un tipo de impuesto con el que un gobernante podía pagar a tropas profesionales.

El juez o jefe de un cuerpo urbano era normalmente nombrado por el rey, pero cada distrito de la ciudad elegía a su propio alcalde o dirigente cuando se unía a una campaña. Otros auxiliares vitales de la milicia eran los exploradores o atalayeros. Eran una especie de élite, montaban los caballos más veloces y se les pagaba un sueldo especial. Durante una incursión estas fuerzas se dividían en dos partes, una de las cuales construía y defendía un campamento base mientras la otra, los algara o invasores, seguían adelante y causaban todo el daño que podían. Las reglas referentes a la participación de una ciudad en la guerra estaban reunidas en su carta de fuero. Comprendían la recogida de información, el espionaje, el reparto de los botines, la indemnización por muerte o lesión y el canje de prisioneros. La España medieval era, como dijo el historiador L. Lourie, "una sociedad organizada para la guerra".

Cuando se invadía un nuevo territorio había que crear nuevas ciudades y repoblar las recién conquistadas. Al principio esta colonización era espontánea, pero más tarde fue formalizada por el gobierno. Durante gran parte del siglo XI las tierras situadas entre el río Duero y las altas sierras fueron una región de bandidos donde se refugiaban los proscritos y los sier-



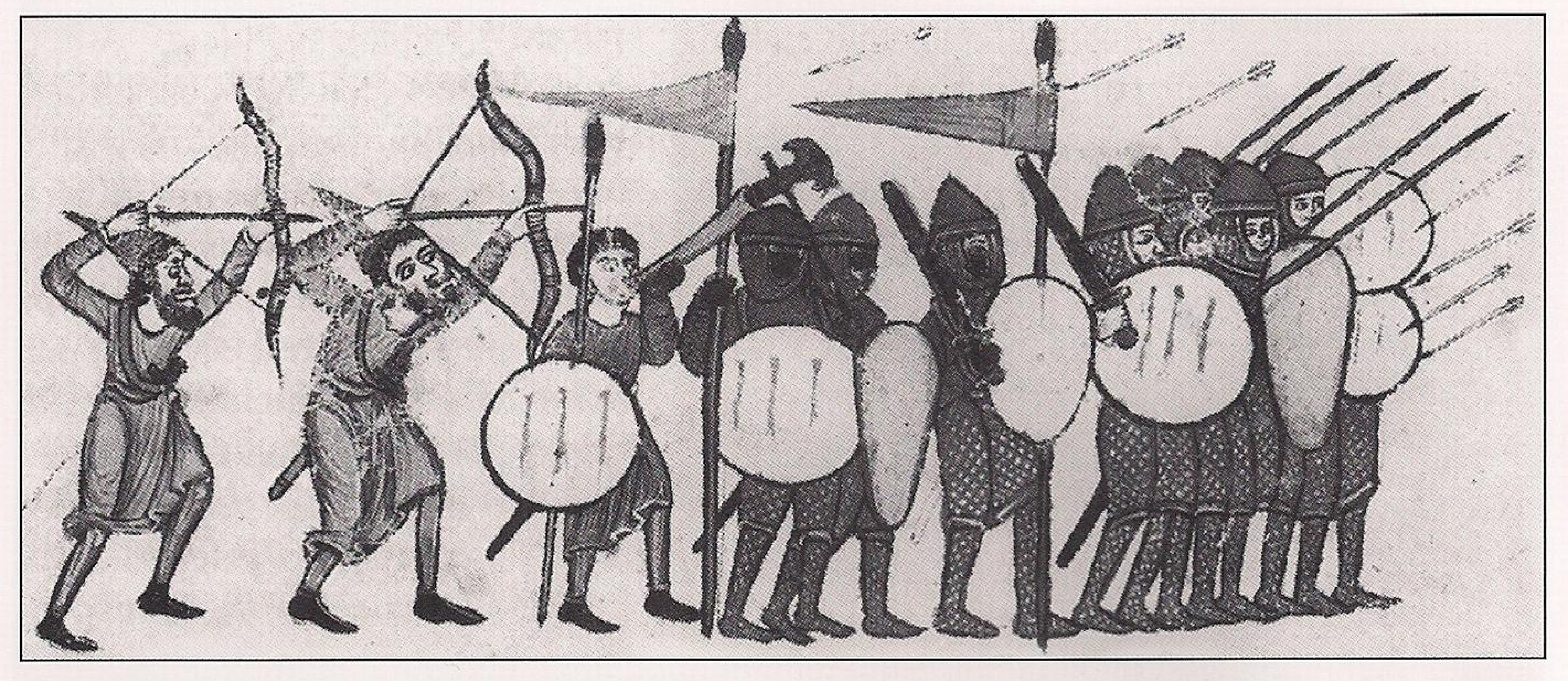
En el manuscrito mozárabe *Beatus*, un ángel lucha contra la "Bestia", esgrimiendo una espada de empuñadura trilobulada. Lleva una túnica hecha con grandes trozos de tela pesada cosidos unos a otros. (British Library, Londres)



Soldado de caballería taifa, siglo XI. Pocos soldados del norte de África estarían tan bien equipados como éste, con su caballo totalmente guarnecido. Debajo de una aljuba acolchada lleva una cota y una cota de malla. El resto del equipo es una mezcla de estilos y tradiciones orientales y occidentales.



(1) El soldado de caballería almorávide se ha apeado de su caballo herido para atacar a los ballesteros andalusíes. Lleva el velo facial característico del traje militar almorávide. Sus armas y su ropa revelan influencias marroquíes y andalusíes. (2) El ballestero lleva un sencillo turbante y unos pantalones holgados debajo de la cota de malla, y tiene un gran escudo. (3) Arquero afro-sahariano. Su yelmo es de origen islámico, tiene una aljaba de mimbre y un gran arco anticuado, y lleva una daga atada al brazo con una correa.



Infantería andalusí. (Manuscrito *Beatus*).

vos que escapaban de ambos bandos. Pero el papel que desempeñaban las milicias urbanas era tan importante durante la Reconquista que los reyes castellanos, impacientes, concedían nuevas cartas y nuevas exenciones y fomentaban la colonización de estos nuevos territorios. La sierra siguió siendo una zona de batallas entre la cristiandad y el Islam hasta que, con la caída de Toledo a finales del siglo XI, la frontera siguió avanzando hacia el sur, lejos de las montañas y en las altas llanuras de Castilla la Nueva.

Aragón y Cataluña tenían mucho en común con el sur de Francia. El rey de Aragón no era un buen político y sufría una escasez crónica de dinero desde el siglo X. La situación militar también era distinta en Aragón. Allí las obligaciones militares estaban normalmente relacionadas con la tenencia de tierras y también se podían encontrar propiedades feudales más típicas de Europa occidental. Francia desempeñó un papel importante en la Reconquista y la colonización del este de España, aunque la participación francesa cesó oficialmente a mediados del siglo XII.

Allí una élite de caballería adoptó la silla alta de montar, las tácticas de caballería de choque de formaciones cerradas para romper las filas enemigas con su peso o su ímpetu. Pero la adopción de tácticas de caballería "modernas" no siempre era una ventaja. La dificultad de volver a montar cuando se usaba una silla alta y unos estribos largos metió en líos a más de un jinete cuando se enfrentaba con la caballería musulmana, más ligera y ágil.

La toma de la ciudad fronteriza musulmana de Barbastro en 1064 fue en gran parte obra de los cruzados franceses, italianos y normandos que violaron las condiciones de rendición y mataron brutalmente no sólo a los defensores sino también a unos 6.000 habitantes varones, cuyas mujeres e hijas fueron repartidas entre los conquistadores como concubinas o esclavas. Miles de mujeres fueron también enviadas al emperador bizantino como regalo, y sólo un año después Barbastro fue reconquistada por los gobernantes andalusíes de Zaragoza.

Cataluña y Aragón se unirían bajo una sola corona, convirtiéndose en el segundo gran poder de España. Pero la cultura de Cataluña, el estado ibérico más oriental, era diferente de la de los demás reinos cristianos. Eficazmente unificada bajo el conde Berenguer I en 1064, su nombre, como el de Castilla, significaba originariamente tierra de castillos, o más exactamente de castellanos (tenientes de castillos). Era una región de numerosos feudos, pequeños y a menudo pobres. Las obligaciones militares se basaban en la propiedad y la lealtad personal más que en un verdadero feudalismo.

Portugal, siendo el estado más occidental de la Iberia cristiana, también difería de los demás. Se esforzaba mucho en conservar su independencia de León y Castilla. En Portugal, los *cavaleiros vilãos* provenían de familias no nobles más ricas, mientras que los *peões* venían de familias terratenientes más pobres.

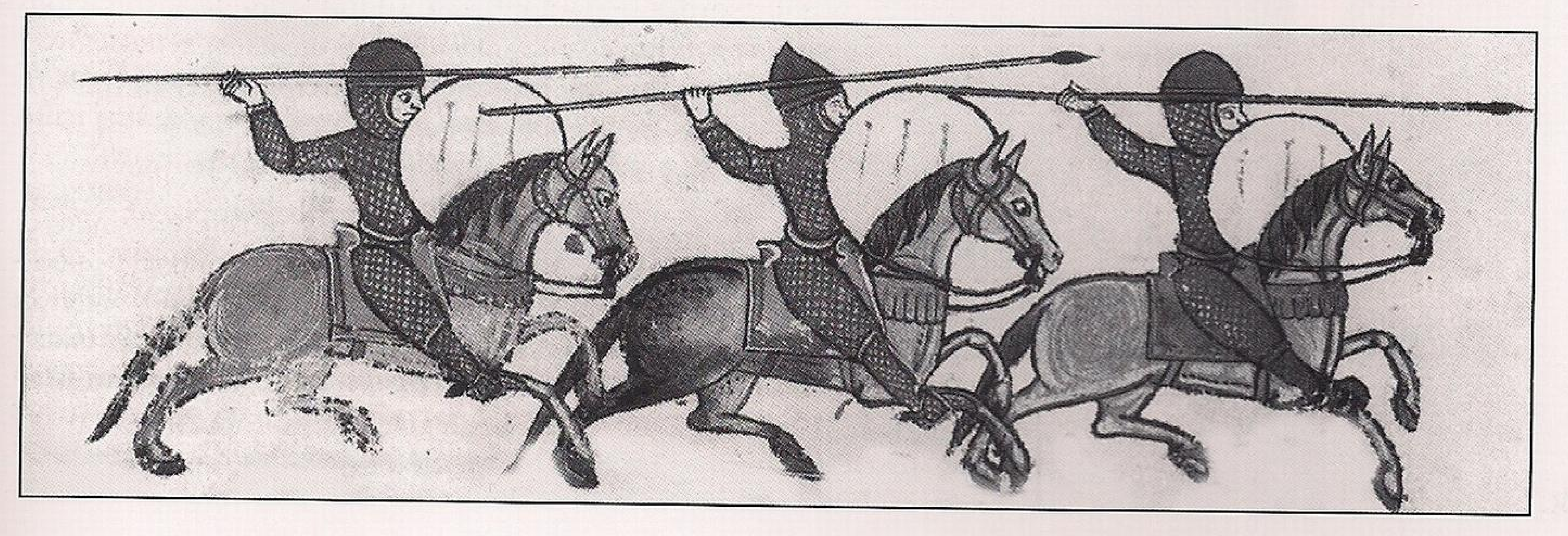
La organización militar del país era anticuada, o al menos se mantuvo fiel a una tradición árabe-andalusí hasta el siglo XIV. El comandante del ejército tenía un nombre árabe, *alferes mor*, lo mismo que los *alcaides* encargados de la guardia de los castillos o las ciudades fortificadas. El traje portugués seguía estando influenciado por estilos mozárabe-andalusíes, y una tradición aún más antigua podía estar detrás del uso prolongado del arco, aunque la ballesta también se había puesto de moda.

Equipo y tácticas

El siglo XI fue un periodo de crecimiento demográfico en la Europa cristiana, y el norte de España no tardó en estar relativamente superpoblado (aunque las ciudades del sur musulmán eran mucho más grandes que las del norte cristiano). También se veía la confianza y la agresión cristianas en la Península Ibérica. Pero no hubo realmente una actitud de cruzada antes del siglo XII, e incluso entonces los intereses políticos y económicos se anteponían a menudo a la religión. Los normandos, los flamencos, los borgoñones, los bretones, los de Poitiers, los de Anjou y otros desempeñaron un papel relevante en las primeras campañas de la Reconquista, pero en general los estados cristianos de Iberia recibieron poca ayuda del norte de los Pirineos a partir de mediados del siglo XII.

La guerra estaba dominada por cordilleras de montañas y grandes ríos que solían proporcionar fronteras defensivas, y una red de carreteras creada por los romanos y ampliada por los musulmanes canalizaba las campañas importantes. El riguroso clima de España también implicaba que la mayoría de los enfrentamientos tuvieran lugar en verano o en otoño. Los castillos variaban mucho de tamaño y algunos defendían puentes, vados o pasos, mientras que los más grandes servían de base de operaciones. Pero el objetivo de todos los conquistadores no eran los castillos sino las ciudades, que generalmente sólo eran tomadas después de años de incursiones, tras sufrir la destrucción de la agricultura circundante, un bloqueo comercial y finalmente un asedio.

La guerra ibérica se diferenciaba de las del resto de Europa occidental en la importancia que tenían la caballería ligera y la infantería ligera (incluidos los arqueros), en la escasez de armadura y el predominio de las incursiones sobre las batallas campales. Las cotas de malla se volvieron más comunes, aunque probablemente se siguió usando la armadura de escamas, señalando quizás la supervivencia de una idea



Caballería andalusí (Manuscrito *Beatus*).



Esta escena de combate de caballería en el *Salterio de San Millán de la Cogolla* fue pintada en el siglo XI. Puede ser un intento temprano de representar soldados almorávides, aunque llevan los escudos con forma de cometa normalmente asociados a los caballeros de Europa occidental. (Biblioteca de la Academia de la Historia, Madrid)

islámica. La armadura acolchada se usaba sola o con cota de malla y reflejaba claramente la influencia islámica. Unos mantos de colores vivos indicaban la categoría militar, pero normalmente no se llevaban durante los combates.

Otro avance militar, tal vez el más importante del siglo XI, fue la adopción general de las ballestas. Como en otras partes de Europa, esto condujo a un declive del arco corriente, pero por varias razones, como la lejanía de algunas regiones y la continua influencia del norte de África, el arco sobrevivió hasta el siglo XV. La moral y la combatividad eran reforzadas por un cantador que cabalgaba delante de las tropas, cantando relatos heroicos como el de El Cid[1].

A medida que los cristianos fueron avanzando hacia el sur de las sierras y las altas llanuras, las incursiones de larga distancia o cabalgadas, efectuadas por cuerpos de caballería, fueron cobrando más importancia. La Península había sido una palestra de caballería desde la época de los celtíberos, enemigos implacables del Imperio Romano. Sus tácticas de repetidos ataques y retiradas son comparables a las de los *cursores et defensores* romanos, los *kar wa farr* árabes y los posteriores *torna fuye* españoles. Naturalmente, estas tácticas se perfeccionaban constantemente. La expansión de los caballos árabes dio una mayor ventaja a los soldados de caballería, que culminó con la caballería ligera de la España de la Baja Edad Media y el Renacimiento. Tanto los españoles como los andalusíes adoptaron el freno de Oriente Medio en el siglo XI.

Las mazas, las hachas de caballería, muchas armas sofisticadas de infantería, los arcos compuestos y el uso prolongado de las jabalinas también distinguían a Iberia del resto de Europa occidental. Pero la región no estaba aislada, y las espadas se importaban de muchas partes de Europa, mientras que el equipamiento también provenía del resto del mundo musulmán.

En cuanto a la armadura, Iberia también difería de los países del norte. Se usaban cotas de malla sueltas y yelmos redondos de una sola pieza o con prolongaciones que protegían los laterales y la parte trasera de la cabeza, que probablemente reflejaban la influencia de Oriente Medio. Por ora parte los yelmos de hierro eran raros y costosos en los estados cristianos, mientras que las defensas de cuero endurecido parecen haber sido de uso general a ambos lados de la frontera. Las capas de piel mencionadas en algunas fuentes eran probablemente de piel de búfalo, aunque el *cuir bouilli* endurecido de inspiración oriental debía ser conocido.

Otras peculiaridades incluían la costumbre de alzar a los jefes recién proclamados sobre dos astas de lanza, y un fuerte, casi antifeudal espíritu de clan, que se hizo eco del supuesto sistema tribal de Al-Andalus.

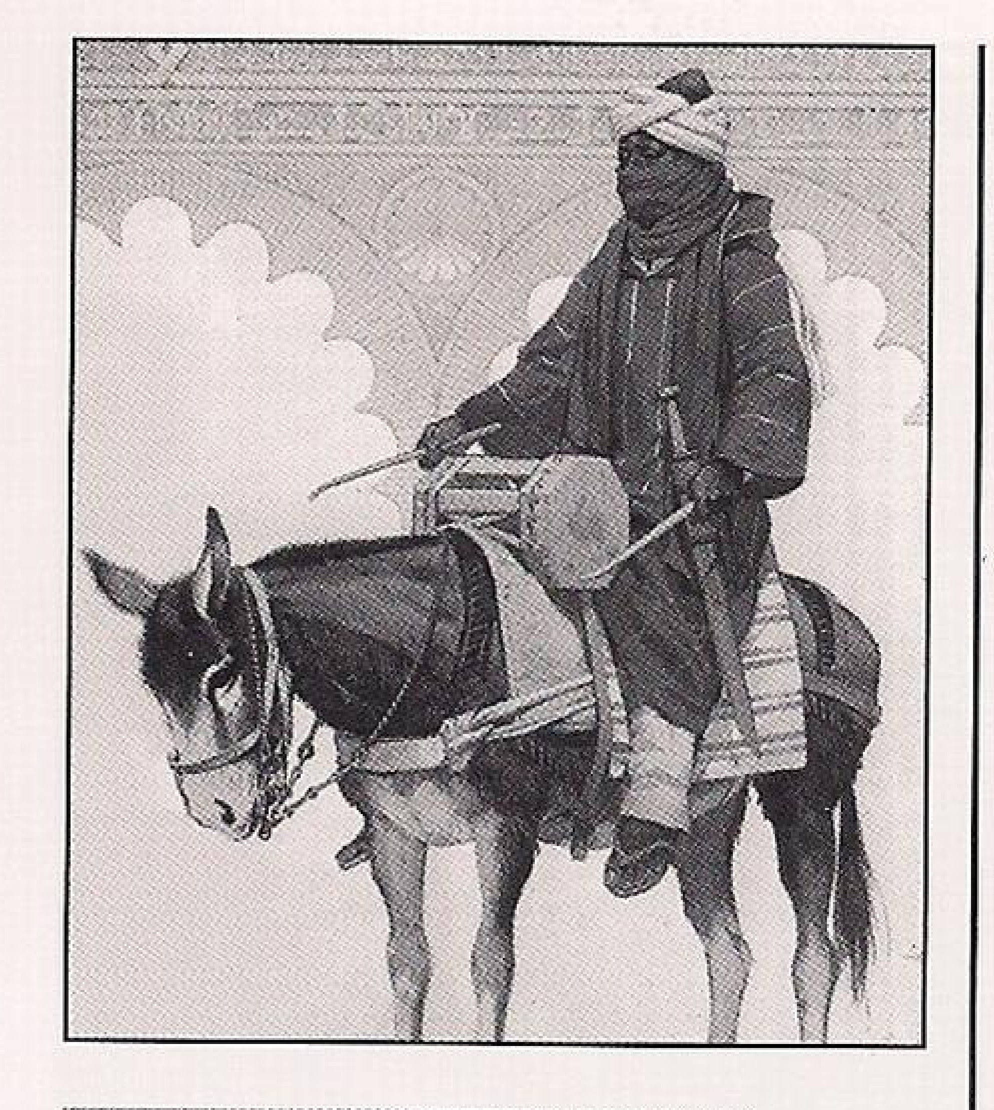
Las fortificaciones no estaban muy desarrolladas en la Iberia cristiana del siglo XI, pero los estados cristianos usaban torres y pequeños fuertes unidos a castillos más grandes, y las pequeñas fortificaciones seguían siendo conocidas por sus nombres árabes originales: almenara y atalaya.

En muchas regiones áridas arrebatadas a los musulmanes se instalaron nuevas comunas, establecidas por tropas no nobles. En otras par-

[1] La figura de El Cid y sus hazañas merecieron el honor de protagonizar el primer cantar de gesta de la literatura castellana, *El cantar de Mío Cid*.

(1) El Cid aparece llevando el tradicional equipo ligero usado en la Iberia cristiana de mediados del siglo XI. Su escudo redondo, su espada relativamente ligera y su capa roja también se llevaban en el lado musulmán de la frontera. (2) Alvar Fáñez de Minaya, h. 1075. El amigo de El Cid usa una cota de malla más pesada y un escudo de estilo catalán en forma de cometa, parecido a los del sur de Francia. (3) Alguacil andalusí, h. 1080. Las tropas andalusíes usaban un equipo que reflejaba distintas tradiciones islámicas. Este oficial de rango medio va poco protegido, exceptuando su coraza de escamas. Su hacha ligera revela una influencia oriental.





Tambor almorávide, principios del siglo XII. Su ropa es similar a la que todavía se sigue llevando en algunas regiones del norte de África y el Sahara. Incluso los tipos de armas han sobrevivido en el sur del Sahara y Sudán. El rasgo más característico es el *litham* o velo facial.

tes gran parte de la población rural musulmana quedó bajo el gobierno cristiano, aunque las antiguas élites musulmanas fueron reemplazadas por otras cristianas. Los numerosos soldados andalusíes musulmanes que se quedaron sirviendo en los ejércitos cristianos eran simplemente alistados como *cavallers* o jinetes no nobles.

La ofensiva cristiana que comenzó a mediados del siglo XI siguió la tradición de las guerras anteriores, con dos tipos de campaña. Primero hubo incursiones de diversas magnitudes, para apoderarse de objetos de valor, ganado y prisioneros. Estas expediciones eran llevadas a cabo por tropas montadas y tenían una duración limitada. Después hubo campañas a más largo plazo, para apoderarse de territorios y ocuparlos. Participaban más tropas, que naturalmente incluían soldados de infantería, ingenieros de asedios, trenes de aprovisionamiento y suficientes recursos para resistir un contraataque.

Los rivales taifas de El Cid

Cuando el Al-Andalus musulmán empezó a volver a la normalidad después de que el califato de Córdoba se disgregara en 1031, surgió un caleidoscopio de estados. Algunos eran bastante grandes, mientras que otros consistían en poco más que una ciudad. A menudo considerados contraproducentes, en realidad estos reinos taifas representan un ejemplo de la tradición ibérica del regionalismo, una tradición directamente opuesta a un concepto centralizador de unificación. Ambos siguen existiendo y aún se pueden ver en España. Los reinos taifas también fueron parte de una tendencia mayor en la historia islámica del siglo XI, reflejándose en acontecimientos sucedidos en Irán, donde otro pueblo, conquistado igualmente por árabes a principios de la época islámica, reafirmó su identidad.

Más significativo, quizás, fue el hecho de que los musulmanes no apreciaran los cambios que estaban teniendo lugar en el norte. Estaban convencidos de su superioridad cultural y acostumbrados a la seguridad militar. Los gobernantes de las taifas simplemente ni se imaginaban que los desdeñables cristianos del norte de Iberia podían ser una grave amenaza – al menos, no hasta que fue demasiado tarde –. ¿Y por qué iban a preocuparse? Las cruzadas a Tierra Santa aún estaban por venir, y en todas partes excepto en Sicilia el Islam estaba triunfando. Hasta que los cristianos conquistaron el reino taifa de Toledo en 1085 no se dieron cuenta de que sus diminutos estados eran incapaces de defender Al-Andalus.

La caída de Toledo a manos de los castellanos, y la de Valencia a manos de El Cid, propagaron ondas de choque por todo el occidente musulmán. ¿Pero qué podía hacerse? Las taifas no eran poderosas ni especialmente ricas. Algunas tenían ejércitos de sólo un centenar de hombres, aproximadamente. Unos pocos tenían mercenarios del norte de África o de la España cristiana, como Sevilla. Pero Sevilla era el reino taifa más agresivo y expansionista, y era evidente que esperaba reunificar Al-Andalus bajo su propio gobierno. Otras, como Zaragoza, se aliaron con sus vecinos cristianos, obteniendo cierta ayuda a cambio. La guerra no era, en realidad, una forma normal de resolver disputas entre las taifas, y cuando se veían amenazadas por los cristianos pagaban tributos, hacían pactos y fomentaban las rivalidades que había entre los cristianos. Algunos reinos taifas, como Sevilla, se desquitaban con incursiones, pero eran raras y no solían tener éxito.

No obstante, las taifas sí tenían élites guerreras, aunque había menos diferenciación de clases que en el norte cristiano, siendo más importantes los lazos familiares o tribales. Las tenencias militares, muchas veces centradas en pequeños castillos, eran hereditarias. Las guarni-

ciones recibían una paga pero también tenían que cumplir con obligaciones semifeudales impuestas por el gobernador local o el señor del castillo. Las ciudades eran una fuente más importante de efectivos militares.

Aunque la importancia de la infantería aumentó cuando el Islam se puso a la defensiva, los soldados más afamados seguían siendo los de caballería. Éstos seguían un código de conducta similar al de los ideales "caballerescos" de sus homólogos españoles. Sus habilidades, su organización y equipo de cota de mallas y armadura acolchada, largas espadas y lanzas, pesados escudos y yelmos eran claramente comparables. Se han mencionado cotas de malla que protegían el rostro, así como escudos de cuero importados del Sahara, mientras que las ballestas eran ahora el arma más importante de la infantería.

Los enemigos almorávides de El Cid

Los almorávides (del árabe al-murabit, hombres del "ribat"), fueron originariamente una secta islámica fundamentalista entre los afrobereberes del Sahara occidental poco antes de 1050. Como habitantes del desierto tenían pocos caballos y luchaban casi únicamente con infantería, aunque hay constancia de que también combatían montados en camellos. Según dicen, posteriormente los almorávides tuvieron hasta 30.000 camellos de pura raza, ensillados y preparados para la guerra.

Al principio, sin embargo, adoptaron formaciones de falange de infantería, en las que una fila delantera se arrodillaba frente a unas lanzas largas y unos escudos altos de piel de órix, mientras las filas traseras lanzaban jabalinas. En el combate cuerpo a cuerpo se luchaba con unas dagas curvas. Sus tácticas eran básicamente estáticas, según cabe suponer, sin retirarse nunca ni perseguir a un enemigo derrotado. Estas tácticas, características de los pueblos nómadas donde solían escasear los soldados, pretendían evitar un exceso de víctimas. Aunque el primer jefe almorávide consideraba los tambores de guerra como ingenios paganos, posteriormente las fuerzas almorávides los usaron mucho, especialmente en Iberia, donde al principio aterrorizaban a los cristianos y espantaban a sus caballos. Pero el rasgo más característico del soldado almorávide era, sin embargo, su *litham* o velo facial. Dicen que los almorávides creían que la boca era impura, y llamaban "bocas ladinas" a los que no llevaban velo.

En Al-Andalus los almorávides no sólo detuvieron el avance cristiano, sino que incluso lo hicieron retroceder un poco. También conquistaron los diversos reinos taifas, y reforzaron el ya creciente sentido de la *jihad* (guerra santa), desgastando la tradicional tolerancia andalusí. Este desgaste acompañó del mismo modo las ideas cada vez más firmes de los cruzados en el lado cristiano de la frontera



Detalle de la pila tallada de los jardines del palacio de Denia. (Finales del siglo XI o principios del XII). El traje de estos dos combatientes parece más norteafricano que andalusí. La talla probablemente data de después de la conquista almorávide, pues los dos jinetes son dos soldados saharauis participando en una justa, mientras que los hombres discutiendo podrían representar los díscolos gobernantes taifas que los almorávides derrocaron. (Museo Arqueológico, Xátiva, Valencia)